

cias é instituciones humanas. Cuando la pasión lo exige, este mismo principio, tan profundamente motivado, desafía cualquier peligro; en tales circunstancias, el más pusilánime se vuelve animoso.

En el teatro y en la novela miramos con simpatía á los enamorados que, luchando por su amor, y defendiendo los intereses de la especie, triunfan de la resistencia de sus padres, atentos tan sólo al bienestar de los individuos. Como la especie vale mucho más que el individuo, los deseos de los amantes nos parecen más elevados, más importantes y más justos que los obstáculos que se oponen á su pasión. Por eso el tema principal de la mayoría de las comedias consiste en mostrarnos cómo el genio de la especie, con sus fines opuestos á los intereses individuales de los personajes de la obra, amenaza destruir la dicha de éstos. Por lo general vence, lo cual es conforme con la justicia poética, y satisface al espectador, quien presiente que las miras de la especie son preferibles á las de los individuos. Y así, después del desenlace, queda tranquilo al ver el triunfo de los amantes, porque participa de la ilusión que á ellos les alucina, haciéndoles creer que han conquistado la felicidad, cuando acaso la han sacrificado en bien de la especie, contra la voluntad previosa de los padres. Algunas comedias, poco numerosas, invierten los términos y quieren asegurar la dicha del individuo á costa de las intenciones de la especie; pero en este caso, el espectador siente el dolor que aflige al genio de la especie, y no se consuela con las ventajas que obtienen los individuos. Como ejemplos de este género, conserva mi memoria los títulos de dos comedias conocidas: *La Reina de diez y seis años* y *El Matrimonio de conveniencia*. En las tragedias basadas en una intriga amorosa, cuando las

miras de la especie quedan frustradas, los amantes que eran sus instrumentos, suelen perecer, como sucede con *Romeo y Julieta*, *Tancredo*, *Don Carlos*, *Wallenstein*, *La Novia de Messina* y muchos otros.

La situación de los enamorados es cómica á veces, y á veces trágica; en ambos casos depende de que dominados por el espíritu de la especie, no son dueños de sí mismos, de suerte que su conducta no está en armonía con el interés individual. Lo que da á los pensamientos del hombre profundamente enamorado un giro poético y elevado, y hasta una dirección trascendente é inmaterial, es que pierde de vista completamente el fin real y en extremo material de su pasión, es que el soplo que le inspira es el genio de la especie, cuyos intereses son infinitamente más graves que los intereses particulares. En estas circunstancias tiene la misión especial de fundar la existencia de una serie indefinida de generaciones, con caracteres individuales exactamente determinados que sólo pueden provenir de la unión de tal padre y tal madre; á falta de éstos, jamás vendría al mundo la generación dotada de condiciones especiales que se busca y que reclama expresamente la voluntad de vivir, para manifestarse en forma exterior.

El presentimiento de contribuir á una obra de importancia tan trascendental, es lo que eleva al individuo sobre sí mismo y sobre todo lo terreno, revisitando de apariencias tan inmateriales un apetito completamente material, hasta el punto de que en la vida del más prosaico de los hombres el amor es siempre un episodio poético; pero preciso es confesar que en estos casos se torna fácilmente ridículo.

La careta detrás de la cual se presenta á la conciencia del amante ese mandato de la voluntad que

trata de objetivarse en la especie, es la ilusión de la inmensa felicidad que espera hallar en brazos de la mujer amada.

Cuando la pasión llega al colmo, es tan luminosa y radiante esta quimera, que si el hombre no consigue realizarla, pierde para él la existencia todo su encanto, y toma un carácter tan desconsolador de vacuidad é insipidez, que el tedio de la vida vence los terrores de la muerte é impulsa al hombre á abreviar voluntariamente sus días. Su voluntad entra en el torbellino de la voluntad de la especie, ó bien esta última se sobrepone de tal modo, que no pudiendo trabajar la voluntad individual en beneficio de la especie, se niega á obrar en interés del individuo. Es el hombre vaso demasiado frágil para resistir la formidable presión de la voluntad de la especie, concentrada y dirigida hacia un objeto determinado. El desenlace en estos casos es el suicidio, á veces la muerte voluntaria de los dos amantes, á menos que la naturaleza, para conservar la vida, produzca la locura que cubre con su velo la conciencia de una situación tan desesperada. Todos los años ocurren catástrofes que atestiguan la verdad de este cuadro.

Y no es únicamente la pasión no satisfecha la que puede acarrear un fin trágico. También el amor satisfecho conduce con mayor frecuencia á la desgracia que á la felicidad, pues las exigencias de la pasión, consiga ó no satisfacerse, suelen hallarse en oposición con el bienestar personal del enamorado, minan su dicha, y no pudiendo conciliarse con todas las demás relaciones de la vida, destruyen el plan de existencia basado en esas relaciones. Y no sólo está en contradicción el amor muchas veces con las condiciones exteriores, sino también con la individualidad íntima,

cuando se enamora el hombre de una mujer á quien desprecia y odia, fuera de las relaciones sexuales, y que á no ser por sus atractivos, sería para él objeto de execración. Pero la voluntad de la especie domina de tal modo á la del individuo, que tratándose del amor, cierra los ojos acerca de defectos que le son odiosos, los olvida y se une para siempre con el objeto de su pasión; hasta tal punto le ciega su ilusión, que desaparece tan luego como se realizan las intenciones de la especie, quedándole al enamorado cómo castigo la compañía de un ser aborrecible, para toda la vida. Solamente así podemos explicarnos como hombres de juicio, y á veces talentos eminentes, se casan con arpías y basiliscos. De otra suerte no se comprenderían estos matrimonios. No en vano pintaban ciego al Amor los antiguos. Un enamorado puede comprender claramente los defectos del temperamento y el carácter de su futura, y padecer amargamente por ellos, sin dejarse amedrentar por eso ante la perspectiva de una vida desastrada.

Yo no pregunto, yo no miro
de si tu corazón es culpable;
me basta saber que te amo
seas como seas.

Y es que el amante no se guía por su interés, sino por el interés de un tercero que no ha nacido todavía, aunque su ilusión le haga creer otra cosa. El hecho mismo de no buscar un interés egoísta, condición de todo lo que reviste cierto sello de grandeza, da á la pasión amorosa su carácter elevado y hace de ella un objeto digno de la poesía.

Una mujer puede inspirar á la vez amor y odio. Platón compara este amor al de los lobos por las ovejas. Este caso se presenta cuando un hombre enamo-

rado apasionadamente no consigue, á pesar de sus esfuerzos y de sus súplicas, ser correspondido por su tormento.

La amo y la odio.

(SHAKESPEARE, *Cymbelina*, III, 5.)

El odio que de esto nace, á veces es tan fuerte, que arrastra al hombre á asesinar á la mujer que le desprecia y á darse en seguida la muerte. Todos los años pueden leerse en los periódicos algunos ejemplos de esta clase. Goethe tenía, pues, razón al decir:

¡Por el amor despreciado! ¡Por las potencias infernales!
¡Querría conocer alguna imprecación más terrible!

No es una hipérbole en boca de un amante calificar de cruel la frialdad de su amada y el orgullo satisfecho con que le ve padecer, pues el amante se halla dominado por un impulso análogo al instinto de los insectos que le empuja irresistiblemente á perseguir su fin, despreciando los consejos de la razón y prescindiendo de todo género de consideraciones; no puede obrar de otro modo. Más de un Petrarca ha arrastrado toda su vida como una cadena, cual un grillete al pie, el peso de un amor sin esperanza, desahogando sus suspiros en la soledad de los bosques, pero sólo ha habido un Petrarca que poseyera el don de la poesía, y á éste es á quien pueden aplicarse estos hermosos versos de Goethe:

Si al hombre le vuelve mudo el dolor,
Un Dios me ha concedido el don de expresar cuanto padezco.

El genio de la especie está en perpetua guerra con los genios tutelares de los individuos; es su perseguidor y su enemigo, dispuesto siempre á destruir la dicha personal para sacar triunfantes sus fines. ¡Cuán-

tas veces ha sacrificado á sus caprichos hasta la prosperidad de una nación! Shakespeare nos presenta un ejemplo de ello en la tercera parte de *Enrique VI* (acto II, escenas 2.^a y 3.^a). Todo esto consiste en que las raíces de nuestro ser penetran en la especie, la cual tiene sobre nosotros un derecho inmediato y anterior á los del individuo. Por un vago presentimiento de esta verdad, los antiguos personificaban el genio de la especie en Cupido que, á pesar de su aspecto infantil, describen como un dios enemigo, cruel, de mala fama, como un demonio caprichoso y tiránico que domina á los hombres y á los mismos inmortales.

Tu deorum hominumque tyranne, Amor!

Flechas mortíferas, ceguera y alas son sus atributos. Las alas simbolizan la inconstancia, que nace de ordinario al mismo tiempo que la desilusión, consecuencia de la pasión satisfecha.

Puesto que la pasión amorosa se funda efectivamente en una ilusión, que finge ser precioso para el individuo lo que sólo tiene valor para la especie, es forzoso que el error desaparezca cuando se ha conseguido aquel fin. El genio de la especie que tenía cautivo al individuo le devuelve la libertad. Abandonado así, vuelve á caer en sus miras estrechas y en su miseria original y se asombra al ver que aspiraciones tan elevadas, heroicas é infinitas no le han dado otro deleite que el que hubiera podido hallar en cualquier otra satisfacción del instinto sexual. Contra lo que esperaba, no se siente más dichoso que antes, y advierte que ha sido engañado por la voluntad de la especie. Por eso todo Teseo satisfecho suele abandonar á su Ariadna. Si el Petrarca hubiera logrado satisfacer sus deseos,

su voz habría enmudecido como cesa el canto del ave cuando quedan puestos los huevos en el nido.

Obsérvese que, por desagradable que resulte mi metafísica del amor para los enamorados, si alguna consideración racional pudiese influir sobre el sentimiento amoroso, la explicación verdadera que acabo de dar sería el único medio de vencer el amor. Desgraciadamente hay que atenerse á la sentencia del antiguo poeta cómico, eternamente verdadera.

Quae res in se neque consilium, neque modum habet ullum, eam consilio regere non potes.

Los matrimonios por amor se hacen en interés de la especie, no en interés de los individuos. Los novios creen perseguir su felicidad personal, pero el fin verdadero es aquel de que no tienen conciencia: crear un ser que sólo ellos pueden engendrar. Unidos por este fin común, á ellos incumbe ver el medio de armonizarse lo mejor que puedan, pero muy frecuentemente la pareja, unida por esa ilusión instintiva que es la esencia de la pasión, es, bajo los demás aspectos, completamente heterogénea. La disparidad de caracteres se manifiesta en cuanto la ilusión desaparece, y ésta, forzosamente, ha de desaparecer. Por consiguiente, los matrimonios por amor suelen ser desgraciados y sirven á la generación futura á costa de la presente. «Quien se casa por amores, ha de vivir con dolores», dice un refrán español.

Lo contrario suele ocurrir en los matrimonios de conveniencia, concertados ordinariamente por los padres. Las consideraciones que presiden la elección de esposa ó de marido en estos casos, cualquiera que sea su índole, son reales y no pueden disiparse por sí mismas. Proveen al bienestar de la generación presente á costa de la generación futura, y aun á veces ese bien-

estar es problemático. El hombre que se casa por interés en vez de casarse por inclinación, vive más en el individuo que en la especie, lo cual, siendo opuesto á la verdad, parece contrario á la naturaleza é inspira cierto desprecio. Una joven que rechaza contra la voluntad de sus padres la mano de un hombre rico y joven todavía, para unirse con otro, siguiendo las inclinaciones instintivas de su corazón y desdiciendo las conveniencias, sacrifica su dicha individual á la de la especie, por lo cual no se le puede negar cierta aprobación, puesto que ha preferido lo más importante y ha obrado con arreglo al espíritu de la naturaleza, ó mejor dicho, de la especie, mientras que los consejos de los padres estaban inspirados en el egoísmo individual.

De lo anterior parece deducirse que en el matrimonio tiene que padecer alguien: ó el individuo, ó el interés de la especie. En la mayoría de los casos sucede así, pues es en extremo raro que las conveniencias se junten con el amor apasionado. Muy probable parece que la miserable condición de la mayoría de los hombres, así en lo físico como en lo moral y en lo intelectual, provienen en parte de que los matrimonios no suelen hacerse siguiendo las inclinaciones del corazón, si no por virtud de consideraciones exteriores y circunstancias accidentales. Conciliar con las conveniencias la inclinación, en cierta medida, es una especie de transacción con el genio de la especie. Todos sabemos cuán raros son los matrimonios felices, porque está en la esencia del matrimonio atender principalmente á la generación futura y no á la presente. Para consuelo de las almas tiernas y amantes, añadiré que á veces se junta con el amor apasionado un sentimiento de diferente origen, una amistad basada en la armonía de los

caracteres, pero por lo general no se manifiesta hasta que la posesión va extinguiendo la pasión amorosa. Esta amistad tiene por origen frecuentemente las cualidades complementarias y correspondientes, físicas, morales é intelectuales que primitivamente determinaron el amor de los esposos en atención á la propagación de la especie, y que luego resulta que guardan la misma relación complementaria desde el punto de vista de los individuos, bien como contraste de temperamentos ó bien de cualidades intelectuales, de donde resulta la armonía de las dos naturalezas.

Todo este estudio metafísico del amor se relaciona estrechamente con mi metafísica general; la luz que derrama sobre ésta puede resumirse en la siguiente forma:

Hemos visto que la elección minuciosa con que el hombre provee á la satisfacción del instinto sexual, y que por sucesivos grados puede elevarse hasta el amor apasionado, descansa sobre el serio interés que se toma el hombre inconscientemente por la constitución personal y especial de la generación venidera. Este interés tan extraordinario confirma dos verdades que dejé sentadas en los capítulos anteriores: 1.^a La indestructibilidad del ser humano en sí, que se perpetúa en esa generación futura. Un interés tan vivo, tan vigilante, salido sin reflexión ni premeditación de un impulso y una atracción de nuestro ser, no podría existir de un modo tan inmutable ni ejercer tan poderosa influencia si el hombre estuviera condenado á perecer por completo y si hubiera de sucederle, únicamente en el orden del tiempo, una generación real y absolutamente distinta de él. 2.^a Que la esencia de un ser reside en la especie, y no en el individuo. El interés que toma cada cual en la constitución de la espe-

cie, que es lo que late en el fondo de todo sentimiento de amor, desde la inclinación más ligera á las pasiones más exaltadas, es, en realidad, el negocio más importante para los hombres, aquel cuyo buen éxito ó cuyo fracaso les afecta más hondamente; por eso se le da el nombre de negocio del corazón. Cuando este interés se pronuncia abiertamente, se subordina á él, y, si es preciso, se sacrifica todo lo relativo á la persona individual. Con esto se prueba que la especie toca más de cerca al hombre que el individuo, y que antes vive en la primera que en el segundo.

¿Por qué el amante está suspenso de las miradas de la mujer amada y dispuesto á consumir por ella todos los sacrificios? Porque lo que en el hombre desea de tal manera á una mujer es su parte inmortal, mientras que sus demás deseos pertenecen á su parte mortal. Ese deseo tan vivo y ardiente hacia una mujer determinada, atestigua de un modo directo la indestructibilidad del elemento íntimo de nuestro ser y su perpetuación en la especie. Considerar esa continuidad como cosa secundaria é insuficiente es un error derivado de que en la supervivencia de la especie no vemos más que la existencia futura de seres semejantes, pero no idénticos á nosotros, opinión que procede á su vez de que, partiendo del conocimiento dirigido hacia lo exterior, nos detenemos en la forma exterior de la especie tal como la percibimos en la intuición, y no llegamos hasta su esencia íntima. Mas esta esencia es justamente lo que constituye la base de nuestra conciencia y su medula, siendo, por lo tanto, respecto á nosotros, un principio más inmediato que la misma conciencia, y en su calidad de cosa en sí, independiente del principio de individuación, el elemento uno é idéntico en todos los individuos, ya coexistan, ya

se sucedan en el tiempo. Esta cosa idéntica es la voluntad de vivir, que con tanta insistencia aspira á existir y durar. La muerte no puede alcanzarla ni destruirla, pero ella no puede tampoco llegar á una condición mejor que su condición presente, y, por lo mismo, si la voluntad de vivir tiene asegurada la vida, el dolor y la muerte son también seguros y fatales para los individuos. La liberación es la obra reservada á la negación de la voluntad de vivir, mediante la cual el individuo se arranca violentamente de su raíz, que es la especie, y renuncia á vivir en adelante dentro de ella. ¿Qué es de la voluntad de vivir entonces? No solamente carecemos de toda noción acerca de este punto, sino que nos faltan hasta datos para formarnos idea de ello. A lo sumo, podríamos caracterizarla diciendo que es la libertad de ser ó no ser voluntad de vivir. Esta última forma es lo que el budhismo llama *nirvana*, palabra cuya etimología expusimos al final del capítulo XLI. Pero este punto será siempre inaccesible á la inteligencia humana.

Si colocándonos ahora en el punto de vista de estas últimas consideraciones, fijamos la mirada en el tumulto de la vida, veremos á las criaturas humanas, abrumadas de necesidades y dolores, emplear todas sus fuerzas en satisfacer esas innumerables necesidades y en apartar esos dolores, tan infinitamente variados, sin poder esperar, en premio de tantas fatigas, más que conservar, por algunos instantes más, esa existencia tan atormentada. Pero si en tanto, en medio de ese tumulto, vemos las miradas de dos amantes que se cruzan, llenas de deseos, ¿á qué esos pasos tan temerosos y disimulados? ¿á qué tanto misterio? Es que esos amantes son unos traidores, que están tramando el secreto designio de perpetuar todo aquel

conjunto de miserias y tribulaciones, que sin ellos terminarían, y cuya terminación impiden, como hicieron sus antecesores.

Esta última consideración penetra ya en el asunto del capítulo siguiente.
